



Atón abrió y cerró sus pequeños ojos hundidos entre los mofletes de grasa, y luego los apartó del tablero de *bao* ubicado entre nosotros. Dirigió su mirada hacia las dos jóvenes princesas de la casa real de Tamose que se movían desnudas en el agua límpida de la laguna.

—Ya no son unas niñas —observó como al pasar, sin el menor rastro de interés lascivo en el tema. Estábamos sentados uno frente al otro bajo un mirador abierto, techado con hojas de palmera junto a una de las lagunas más alejadas del gran río Nilo.

Yo sabía que su comentario sobre las jóvenes era un intento de distraer mi atención para su siguiente jugada con las piedras del *bao*. A Atón no le gusta perder, de modo que no es particularmente escrupuloso en cuanto a la manera en que trata de ganar.

Atón estuvo siempre en los primeros puestos de la lista de mis amigos más antiguos y queridos. Igual que yo, es un eunuco y alguna vez fue esclavo. Cuando todavía era esclavo, y mucho antes de llegar a la pubertad, su amo había tomado nota de su excepcional intelecto y de sus agudas capacidades mentales. Deseaba cultivar y concentrar estos dones, e impedir que se diluyeran con las distracciones de su libido. Atón era una propiedad sumamente valiosa y, por ello, su amo hizo que el más famoso médico de Egipto llevara a cabo la castración. Su amo murió hace ya mucho tiempo, pero Atón ascendió más allá de su estatus de esclavo. Es ahora el chambelán del palacio real del faraón en Tebas, y es también el jefe que administra una red de informantes y espías por todo el mundo civilizado. Hay sólo una organización que supera la suya, y es la mía. En esto, como en casi todo, estamos en una competencia

amigable entre ambos, y pocas cosas nos dan mayor placer y satisfacción que sacarle ventaja al otro.

Disfruto enormemente de su compañía. Me divierte y a menudo me sorprende con sus buenos consejos y fina percepción. De vez en cuando pone a prueba mi destreza en el tablero de *bao*. Es habitualmente generoso con sus elogios. Pero, sobre todo, él actúa como un complemento de mi propio talento.

En ese momento, ambos observamos a Bekatha, que era la más joven de las princesas reales por casi dos años; difícilmente alguien podría haberlo adivinado, ya que era alta para su edad y sus pechos estaban empezando a tomar forma, y en las frescas aguas de la laguna sus pezones se erguían con firmeza. Era flexible, ágil y se reía con facilidad. Por otro lado, tenía un temperamento voluble. Sus facciones estaban noblemente cinceladas; su nariz era fina y recta, su mandíbula, fuerte y redondeada, y sus labios se arqueaban con delicadeza. Su pelo era espeso y lanzaba destellos cobrizos a la luz del sol. Había heredado eso de su padre. Aunque no había mostrado todavía la roja flor de su condición de mujer, yo sabía que el momento no estaba lejos. La quiero, pero debo decir que quiero un poquito más a su hermana mayor.

Tehuti era la mayor y la más hermosa de las dos hermanas. Cada vez que la miraba, me parecía que estaba viendo otra vez a su madre. La reina Lostris había sido el gran amor de mi vida. Sí, la había querido como un hombre quiere a una mujer. Porque a diferencia de mi amigo Atón, yo fui castrado después de haber llegado a la plena edad viril y de haber conocido el placer del cuerpo de una mujer. Es cierto también que mi amor por la reina Lostris nunca fue consumado, pues fui castrado antes de que ella hubiera nacido, pero fue todavía más intenso al no haber sido satisfecho. La había cuidado cuando era niña y la había acompañado a lo largo de su extensa y feliz vida, aconsejándola y guiándola, entregándome completamente a ella. Lo hice hasta el final, sosteniéndola en mis brazos cuando murió.

Antes de descender al inframundo, Lostris me susurró algo que nunca olvidaré:

–He amado sólo a dos hombres en mi vida. Y tú, Taita, has sido uno de ellos.

Aquellas fueron las palabras más dulces que jamás escuché.

Yo proyecté y supervisé la construcción de su tumba real y coloqué en ella su cuerpo otrora hermoso, aunque entonces desgastado, y deseé poder irme con ella al mundo de los muertos. Pero sabía que eso no era posible, pues debía quedarme y cuidar de sus hijas tal como había cuidado de ella. La verdad, esto no ha sido una carga pesada, pues mi vida se ha enriquecido con este deber sagrado.

A los dieciséis años, Tehuti ya era toda una mujer. Su cutis era luminoso y perfecto; sus brazos y piernas, delgados y elegantes como los de una bailarina o las palas del gran arco de guerra de su padre, que yo mismo había tallado para él y que había puesto sobre la tapa de su sarcófago antes de sellar su tumba.

Las caderas de Tehuti eran plenas y su cintura era fina como el cuello de una jarra de vino. Sus pechos eran redondos y firmes. Los espesos rizos dorados que le cubrían la cabeza eran una gloria deslumbrante. Sus ojos eran tan verdes como habían sido los de su madre. Era encantadora hasta lo indecible, y su sonrisa alteraba mi corazón cada vez que la dirigía hacia mí. Su naturaleza era apacible, lenta para la cólera, pero temeraria y obstinada una vez encendida.

La quiero casi tanto como todavía quiero a su madre.

—Has hecho un buen trabajo con ellas, Taita —elogió Atón sin inhibiciones—. Son los tesoros que pueden todavía salvar a nuestro Egipto de los bárbaros.

En esto, como en muchas otras cosas, Atón y yo estábamos totalmente de acuerdo. Esta era la verdadera razón por la que ambos nos habíamos trasladado a este lejano y aislado lugar; aunque todos los demás en palacio, incluido el mismo faraón, estaban convencidos de que nos habíamos reunido aquí para continuar nuestra interminable rivalidad en el tablero de *ba*.

No respondí de inmediato a su comentario, sino que dirigí mis ojos al tablero. Atón había hecho su última jugada mientras yo todavía estaba mirando a las niñas. Él era el jugador más hábil de este sublime juego en todo Egipto, que era lo mismo que decir «en todo el mundo civilizado». Por supuesto, exceptuándome a mí. Por lo general, puedo ganarle tres de cada cuatro partidos.

Y de una sola mirada, vi que este partido sería uno de esos tres. Su última jugada había sido mal calculada. La disposición de sus piezas se había desequilibrado. Era una de las pocas fallas de su juego: a menudo, cuando estaba convencido de que la victoria estaba a su alcance, dejaba de lado la precaución e ignoraba la regla de las siete piezas. Entonces tendía a concentrar su ataque total desde la torre sur y me permitía arrancarle el control del este o del oeste. Esta vez fue del este. No necesité una segunda invitación. Ataqué como una cobra.

Se echó hacia atrás en su banqueta cuando evaluó mi inesperada jugada, y cuando por fin la absoluta genialidad de ella se le hizo obvia, su cara se ensombreció de indignación y su voz se ahogó:

—Creo que te odio, Taita. Y si no es así, entonces debería odiarte, indudablemente.

–Tuve suerte, viejo amigo. –Traté de no alardear–. De todos modos, es sólo un juego.

La indignación le hizo inflar las mejillas.

–De todas las tonterías que alguna vez te he escuchado decir, Taita, esta es la más torpe. No es sólo un partido. Es la verdadera razón de vivir.

Estaba realmente enojado.

Tomé la jarra de cobre con el vino que estaba debajo de la mesa y volví a llenar su copa. Era un vino excelente, el mejor de todo Egipto, que yo había seleccionado directamente de los sótanos debajo del palacio del faraón. Atón desinfló las mejillas y trató de reforzar su cólera y sentido de la afrenta, y como si actuaran de manera independiente, sus dedos rollizos tomaron el asa de su copa y la llevó a sus labios. Tragó dos veces, sus ojos se cerraron de placer. Cuando bajó la copa, suspiró.

–Quizá tengas razón, Taita. Hay otras buenas razones para vivir. –Empezó a guardar las piezas de *bao* en sus bolsas de cuero que se cerraban con una cuerda–. ¿Y qué sabes del norte? Sorpréndeme otra vez con la amplitud de tu inteligencia.

Habíamos llegado, por fin, al verdadero propósito de esta reunión. El norte estaba siempre en peligro.

Hacía más de cien años, el poderoso Egipto había sido dividido por la traición y la rebelión. El Pretendiente Rojo, el falso faraón –deliberadamente no pronuncio su nombre; ojalá que sea maldito por toda la eternidad–, ese traidor, se rebeló contra el verdadero faraón y se apoderó de toda la región al norte de Asyut. Y nuestro Egipto se hundió en un siglo de guerra civil.

Entonces, a su vez, el heredero del Pretendiente Rojo fue dominado por los hicsos, una tribu salvaje y belicosa que salió de las estepas del norte, más allá del Sinaí. Estos bárbaros se abatieron sobre Egipto, conquistándolo en su totalidad gracias a dos armas cuya existencia ignorábamos: el caballo y el carro de guerra. Una vez que derrotaron al Pretendiente Rojo y se apoderaron de la parte norte de Egipto, desde el mar Intermedio hasta Asyut, estos hicsos se volvieron contra nosotros en el sur.

Nosotros, los verdaderos egipcios, no teníamos ninguna defensa frente a ellos. Fuimos expulsados de nuestras propias tierras y nos vimos forzados a retirarnos hacia el sur, más allá de las cataratas del Nilo, en Elefantina y hacia las tierras salvajes del fin del mundo. Resistimos allí mientras mi ama, la reina Lostris, reconstruía nuestro ejército.

Mi participación en esta regeneración no fue del todo insignificante. No soy por naturaleza un hombre jactancioso; sin embargo, en este caso puedo decir sin miedo a contradecirme que sin mí para guiar y aconsejar a mi ama

y su hijo, el príncipe heredero Memnon, que es ahora el faraón Tamose, ellos nunca habrían logrado su propósito.

Entre mis numerosos servicios a ella, construí los primeros carros de guerra con ruedas de rayos que eran más livianas y más rápidas que las de los hicsos, que sólo tenían ruedas de madera macizas. Luego encontré los caballos para tirar de ellas. Cuando estuvimos listos, el faraón Tamose, que para entonces ya era un hombre, condujo nuestro nuevo ejército otra vez más allá de las cataratas, hacia el norte de Egipto.

El jefe de los invasores hicsos era Salitis, que se hacía llamar rey, pero no lo era. En el mejor de los casos, era apenas un esbozo de rey inescrupuloso, un bandido. Pero el ejército que comandaba seguía superándonos a los egipcios casi dos a uno, era feroz y estaba bien equipado.

Sin embargo, los sorprendimos desprevenidos y, en Tebas, libramos una gran batalla contra ellos. Destrozamos sus carros de guerra y masacramos a sus hombres. Los hicimos huir y retrocedieron en desbandada hacia el norte. Dejaron diez mil cadáveres y dos mil carros destrozados en el campo de batalla. No obstante, infligieron grandes daños a nuestras valientes tropas, de modo que no pudimos perseguirlos y destruirlos totalmente. Desde entonces, los hicsos han estado merodeando por el delta del Nilo.

El rey Salitis, ese viejo saqueador, ya está muerto. No murió en el campo de batalla de un golpe dado por una buena espada egipcia, como habría sido lo justo y adecuado. Murió de viejo en su cama, rodeado por una multitud de desagradables esposas y sus horribles vástagos. Entre ellos Beón, el hijo mayor. Este Beón se hace llamar ahora rey Beón, faraón del Alto y del Bajo Egipto. La verdad, no es más que un saqueador asesino, todavía peor que su malvado padre. Mis espías me informan regularmente que Beón está reconstruyendo el ejército de los hicsos, que nosotros desarticulamos casi totalmente en la batalla de Tebas. Estos informes son preocupantes, ya que tenemos grandes dificultades para conseguir las materias primas que necesitamos a fin de compensar las pérdidas que sufrimos en esa misma batalla. Nuestro reino del sur, sin salida al mar, está alejado del gran mar Intermedio y del comercio con los otros pueblos civilizados y ciudades-estado del mundo, ricos en cueros, madera, cobre, antimonio, estaño y otros elementos clave para la guerra que nos hacen falta. También carecemos de recursos humanos. Necesitamos aliados.

Por otro lado nuestros enemigos, los hicsos, tienen buenos puertos en el delta, donde el Nilo entra en el mar Intermedio. El comercio florece en ellos de manera ininterrumpida. También sé por mis espías que los hicsos están tratando de forjar alianzas con otras naciones guerreras.

Atón y yo nos habíamos reunido en este lugar alejado para hablar y

evaluar estos problemas. La supervivencia de nuestro mismo Egipto pendía de un hilo. Atón y yo habíamos, en muchas ocasiones, hablado de todo esto en detalle, pero en ese momento estábamos listos para tomar las decisiones finales antes de exponerlas ante el faraón.

Las princesas reales tenían otros planes. Habían visto a Atón recoger las piezas de *bao* y tomaron eso como una señal de que podían contar con toda mi atención. Las adoro a ambas, pero son muy absorbentes. Salieron trotando de la laguna, chapoteando por el agua que salpicaba en todas direcciones, y corrieron una carrera entre ellas para llegar primero a mí. Bekatha es la menor, pero es muy rápida y resuelta. Es capaz de hacer casi cualquier cosa para obtener lo que quiere. Le ganó a Tehuti por un cuerpo y se zambulló en mi regazo, fría y mojada después de jugar en la laguna.

–Te quiero, Tata –gritó mientras me envolvía el cuello con sus brazos y apretaba su roja cabellera empapada sobre mi mejilla–. Cuéntanos alguna historia, Tata.

Derrotada en la carrera para llegar a mí, Tehuti tuvo que aceptar la posición menos deseable, a mis pies. Con toda su gracia bajó el cuerpo desnudo y todavía goteando al suelo, y me abrazó las piernas contra su pecho a la vez que apoyaba la barbilla en mis rodillas y me miraba a la cara.

–Sí, por favor, Tata. Cuéntanos sobre nuestra madre, sobre lo hermosa e inteligente que era.

–Debo hablar primero con el tío Atón –protesté.

–Ah. Muy bien, entonces. Pero no tardes mucho –advirtió Bekatha–. Estamos aburridas.

–No tardaré mucho. Lo prometo. –Me di vuelta hacia Atón y pasé sin pausa a hablar la lengua de los hicsos. Ambos hablamos con fluidez el idioma de nuestro enemigo mortal.

Me he impuesto la tarea de conocer a mi enemigo. Tengo facilidad para las palabras y las lenguas. He tenido muchos años, desde el regreso a Tebas, para aprender. Atón no nos había seguido en el éxodo a Nubia. No era el suyo un espíritu aventurero, de modo que se había quedado en Egipto y había sufrido bajo el dominio de los hicsos. Pero había aprendido todo lo que ellos tenían para enseñar, incluida su lengua. Ninguna de las princesas entendía una palabra de lo que decíamos.

–Ah, los odio cuando hablan en esa jerga horrible. –Bekatha hizo un mohín, y Tehuti coincidió con ella.

–Si de verdad nos quieres, habla en egipcio, Taita.

Abracé a Bekatha y acaricié la encantadora cabeza de Tehuti. Pero seguí hablando con Atón en la lengua que las niñas tan amargamente despreciaban.

–No hagas caso del balbuceo de las niñas. Continúa, viejo amigo.

Atón borró su abierta sonrisa y continuó.

–Entonces estamos de acuerdo, Taita. Necesitamos aliados y necesitamos comerciar con ellos. Al mismo tiempo, tenemos que privarlos de ambas cosas a los hicsos.

Estuve tentado de dar una réplica sarcástica, pero ya lo había molestado bastante en el tablero de *baó*. Así que sólo asentí con la cabeza seriamente.

–Como de costumbre, has ido al grano con precisión y lo has expresado en pocas palabras. Aliados y comercio. Muy bien. ¿Qué tenemos para comerciar, Atón?

–Tenemos el oro de nuestras minas en Nubia, las que descubrimos mientras estábamos en el exilio más allá de las cataratas. –Atón nunca había salido de Egipto, pero al escucharlo parecía que él podría haber sido uno de los que condujo el éxodo. Sonreí para mis adentros, pero mantuve una expresión grave mientras él continuaba—. Aunque el metal amarillo no es tan valioso como la plata, lo mismo los hombres lo desean. Con las cantidades que el faraón ha acumulado en su tesoro podemos comprar a amigos y aliados fácilmente.

Asentí con la cabeza mostrándome de acuerdo, aunque sabía que la cantidad de los tesoros del faraón era muy sobreestimada por Atón y muchos como él que no estaban tan cerca del trono como yo. Pasé a explayarme sobre el tema.

–Sin embargo, no olvides los productos de la negra tierra fértil que nuestro padre Nilo deposita sobre sus orillas en cada inundación anual. Los hombres deben comer, Atón. Los cretenses, los sumerios y las ciudades-estado griegas tienen pocas tierras cultivables. Están siempre necesitados de encontrar trigo para alimentar a sus pueblos. Tenemos trigo en abundancia –le recordé.

–Así es, Taita. Tenemos trigo y también tenemos caballos para comerciar; criamos los mejores caballos de guerra del mundo. Y tenemos otras cosas todavía más exclusivas y valiosas. –Atón hizo una delicada pausa y dirigió su mirada a la encantadora niña a la que yo estaba acariciando y a la otra, sentada en mis rodillas.

No fue necesario decir nada más sobre este asunto. Los cretenses y los sumerios de la región entre los ríos Tigris y Éufrates eran nuestros vecinos más cercanos y más poderosos. Ambos pueblos tendían a ser morenos y de pelo negro. Sus gobernantes encuentran muy deseables a las mujeres rubias y de piel clara de las tribus egeas y de la casa real de Egipto. Pero las mujeres griegas, pálidas e insípidas, no pueden ser comparadas con nuestras brillantes joyas del Nilo.

Los padres de mis dos princesas eran Tanus, de rizos de color rojo encendido, y la reina Lostris, de un rubio brillante. Habían procreado bien y la belleza de sus dos niñas se estaba volviendo famosa en todo el mundo. Embajadores de tierras lejanas ya habían hecho los difíciles viajes por los extensos desiertos y las profundas aguas hacia el palacio de Tebas para transmitir con delicadeza al faraón Tamose el interés de sus amos por hacer una alianza marital y militar con la Casa de Tamose. El rey sumerio Nimrod y el mino supremo de Creta eran dos de los que habían enviado a sus representantes.

El faraón, siguiendo mi consejo, había recibido a ambos embajadores con amabilidad. Había aceptado los importantes obsequios de plata y madera de cedro que le ofrecieron. Luego había escuchado con interés sus propuestas de matrimonio para cada una de las dos niñas de Tamose, para después explicarles que ellas eran todavía demasiado jóvenes para contraer nupcias y que debían hablar otra vez sobre este tema después de que ambas niñas hubieran llegado a la madurez. Esto había ocurrido hacía algún tiempo, y ahora las circunstancias habían cambiado.

En aquel momento, el faraón había hablado conmigo sobre la posible alianza entre Egipto y Sumeria o Creta. Con tacto diplomático, le indiqué que Creta sería un aliado más deseable que los sumerios.

Los sumerios, en primer lugar, no era gente de mar y, aunque podían ofrecer un ejército fuerte y bien equipado con caballería y carros de guerra, no poseían una Armada que fuera importante. Le recordé al faraón que nuestro Egipto del sur no tenía acceso al mar Intermedio. Nuestros enemigos hicsos controlaban los tramos del norte del Nilo y éramos esencialmente un país sin salida al mar.

También los sumerios tenían limitado acceso al mar y su flota era pequeña comparada con la de otros pueblos, como los cretenses o incluso los mauritanos en el oeste. Los sumerios siempre se mostraban renuentes a correr el riesgo del viaje por mar con embarcaciones demasiado cargadas. Temían tanto a los piratas como al clima turbulento. La ruta por tierra entre nuestros países estaba también llena de dificultades.

Los hicsos controlaban el istmo que une el mar Intermedio y el mar Rojo y conecta a Egipto con el desierto del Sinaí en el norte. Los sumerios se verían forzados a cruzar dicho desierto mucho más al sur para luego embarcarse a fin de cruzar el mar Rojo y llegar a nosotros. Esta ruta significaría muchos problemas para su ejército, en particular, la falta de agua y la escasez de navíos en el mar Rojo, lo que podría hacer que fuera imposible.

Lo que yo antes le había propuesto al faraón, y que ahora le exponía en general a Atón, era un tratado entre nuestro Egipto y el mino supremo de



Creta. «Minos supremo» era el título del gobernante hereditario cretense. Era el equivalente de nuestro faraón. Sugerir que era más poderoso que nuestro propio faraón sería traición. Era suficiente afirmar que se decía que su flota incluía más de diez mil galeras mercantiles y de combate, de un diseño tan avanzado que ninguna otra embarcación podía navegar más rápido que ellas o vencerlas en batalla.

Nosotros tenemos lo que los cretenses quieren: trigo, oro y futuras esposas rubias y bellas. Los cretenses tienen lo que necesitamos: la flota de combate más poderosa que existe para bloquear los puertos de los hicsos en la boca del delta del Nilo y para transportar al ejército sumerio hasta las orillas del sur del mar Intermedio y encerrar a los hicsos en un mortal movimiento de pinzas que aplastaría a su ejército con nuestras fuerzas.

—¡Un plan excelente! —aplaudí Atón—. Un plan casi infalible. Salvo por un pequeño detalle casi insignificante que has pasado por alto, Taita, mi querido y viejo amigo—. Sonreía con picardía y disimulo, saboreando su venganza por la paliza que acaba de darle en el tablero de *baó*. Nunca he sido una persona vengativa, pero en este caso no pude contener mis ganas de divertirme inocentemente a costa de Atón. Mi expresión fue de consternación.

—Oh, ¡no me digas eso, por favor! Lo he pensado todo tan cuidadosamente. ¿Dónde está el defecto de mi plan?

—Llegas demasiado tarde. El minos supremo de Creta ya ha establecido una alianza secreta con el rey Beón de los hicsos. —Atón se relamió los labios, y golpeó con la mano abierta uno de sus enormes muslos, regocijándose. Había refutado mi proposición de manera contundente, o eso creyó.

—¡Ah, sí! —respondí—. Imagino que te refieres al fuerte mercantil que los cretenses abrieron para comerciar con Beón hace cinco lunas en Tamiat, la boca más oriental de la Madre Nilo en el delta.

Entonces fue el turno de Atón de mostrarse consternado.

—¿Cuándo te enteraste de eso? ¿Cómo lo supiste?

—¡Por favor, Atón! —Abrí las manos en un gesto de súplica—. No esperarás que yo revele todas mis fuentes, ¿no?

Atón recuperó su aplomo rápidamente.

—El minos supremo y Beón ya tienen un acuerdo, si no una alianza de guerra. Inteligente como todos sabemos que eres, Taita, es poco lo que tú puedes hacer al respecto.

—¿Y si te digo que Beón esta planeando una traición? —pregunté en tono misterioso. Me miró boquiabierto.

—¿Traición? No comprendo, Taita. ¿Y qué forma tendría esta traición?

—¿Tienes idea de cuánta plata está acumulando el minos supremo de Creta en esta nueva fortaleza en Tamiat, en territorio de hicsos, Atón?

–Imagino que debe ser una cuantiosa suma. Si el minos supremo se propone comprar la mayor parte de la próxima cosecha de trigo de Beón, entonces necesitaría una gran cantidad de plata a mano –arriesgó Atón con cautela–. Quizá no menos de diez o incluso veinte *lakhs*.

–Eres muy perspicaz, mi querido amigo. Sin embargo, has mencionado apenas una pequeña parte de los problemas que enfrenta el minos supremo. Él no se atreve a arriesgarse a enviar sus embarcaciones cargadas de tesoros para cruzar los mares durante la estación de las tormentas. Así que durante cinco meses del año no puede enviar oro o plata a las costas del sur del mar Intermedio, lo cual, en invierno, implica un viaje de más de quinientas leguas desde su isla.

Atón intervino rápidamente, tratando de adelantarse a mi conclusión.

–¡Ah, sí, efectivamente! Te entiendo. Lo que quiere decir que, por todo ese tiempo, el minos supremo está imposibilitado de comerciar con los estados y pueblos que están en esta orilla africana del Gran Mar.

–Durante todo el invierno la mitad del mundo está cerrado para él –coincidí–. Pero si pudiera conseguir una base segura en la costa egipcia, su flota estaría protegida de las tempestades invernales. De esa manera, a lo largo de todo el año, sus embarcaciones podrían practicar su comercio desde la Mesopotamia hasta Mauritania protegidas por el abrigo que da la costa. –Hice una pausa para que él pudiera ver la total magnitud de lo que el minos supremo estaba planeando, luego continué despiadadamente–: Veinte *lakhs* de plata no serían suficientes para financiar ni siquiera una centésima parte de esta actividad. Quinientos *lakhs* es la cantidad más probable que tendrá que acumular en su nueva fortaleza en Tamiat para realizar su comercio durante el invierno. ¿No estás de acuerdo en que esa cantidad de plata haría que cualquier hombre considerara la traición, muy especialmente un truhán naturalmente pérfido y codicioso como Beón?

Durante cincuenta latidos del corazón, Atón quedó mudo ante la magnitud del panorama que yo le había presentado. Cuando por fin se movió otra vez, su voz gruñó al preguntar:

–De modo que tienes pruebas de que Beón, a pesar de su tratado incipiente con el minos supremo, está planeando asaltar la fortaleza de Tamiat para apoderarse del tesoro del minos supremo, ¿es así? ¿Eso es lo que me estás diciendo, Taita?

–No dije que tenía pruebas de que esa es la intención de Beón. Simplemente te hice una pregunta. No afirmé nada. –Me reí entre dientes ante su aire confundido. Fue poco agradable de mi parte, pero no pude contenerme. Nunca en todo el tiempo que nos conocemos lo vi tan incapaz de refutarme o de salir con alguna agudeza. Luego me apiadé de él.

–Tú y yo sabemos que Beón es un tonto salvaje, Atón. Puede conducir un carro de guerra, manejar una espada, disparar un arco o saquear una ciudad. Pero dudo de que pueda planear una visita al retrete sin una profunda y difícil deliberación.

–¿Entonces quién es el que está planeando este ataque al tesoro del minos supremo? –quiso saber Atón. En lugar de responderle de inmediato, simplemente me recosté sobre mi taburete y sonreí. Me miró fijamente. Luego su expresión cambió—. ¿Tú? ¡Seguramente no, Taita! ¿Cómo puedes planear robar al minos supremo quinientos *lakhs* de plata y luego cortejar al cretense para que te apoye y se alíe contigo?

–En la oscuridad es difícil distinguir a un hicsos de un egipcio, especialmente si el egipcio está vestido con la vestimenta de guerra de los hicsos y lleva armas de los hicsos, y habla la lengua de los hicsos –señalé, y él sacudió la cabeza, otra vez sin poder encontrar las palabras adecuadas. Pero lo presioné todavía más–: ¿Estás de acuerdo en que semejante ataque a traición destruiría para siempre cualquier posibilidad de que Creta y los hicsos formaran una alianza contra nosotros?

Finalmente, Atón sonrió.

–¡Estás tan lleno de artimañas, Taita, que me pregunto cómo puedo confiar en ti! –Luego quiso saber–: ¿Cómo es de grande la guarnición cretense de Tamiat?

–En este momento, es de casi dos mil soldados y arqueros. Aunque casi todos ellos son mercenarios.

–¡Vaya! –Estaba impresionado. Hizo una nueva pausa y luego continuó–: ¿Cuántos hombres vas a necesitar, o debería preguntar, mejor, cuántos hombres necesitaría Beón para llevar a cabo este vil plan?

–Basta. –Traté de eludir la respuesta. No iba a revelarle todos mis planes a Atón. Aceptó eso y no me presionó directamente. Sin embargo, hizo otra pregunta indirecta.

–¿No vas a dejar ningún cretense con vida en el fuerte de Tamiat? ¿Los matarás a todos?

–Por supuesto que permitiré escapar a la gran mayoría de ellos –lo contradije con firmeza–. Quiero que la mayor cantidad posible de ellos puedan regresar a Creta para informar al minos supremo de la traición del rey Beón.

–¿Y el tesoro cretense? –quiso saber Atón–. ¿Esos quinientos *lakhs* de plata? ¿Qué será de ellos?

–Los cofres del faraón están casi vacíos. No podemos salvar a Egipto sin tesoros.

–¿Quién comandará esta incursión? –siguió preguntando–. ¿Lo harás tú, Taita?

Me mostré espantado.

–Bien sabes que no soy un guerrero, Atón. Soy médico, poeta y un filósofo apacible. Sin embargo, si el faraón me insiste en que lo haga, estoy dispuesto a acompañar la expedición como un consejero del oficial al mando.

–¿Quién comandará entonces? ¿Será Kratas?

–Adoro a Kratas y es un buen soldado, pero está viejo, es terco y no atiende razones ni sugerencias. –Me encogí de hombros y Atón se rio entre dientes.

–Has descrito al general Kratas perfectamente, oh apacible poeta. Si no es a él, ¿entonces a quién nombrará el faraón?

–Nombrará a Zaras probablemente.

–¡Ah! El famoso capitán Zaras de la división Cocodrilo Azul de la Guardia Real. Uno de tus favoritos, Taita. ¿no?

Hice caso omiso de la burla.

–No tengo ningún favorito. –De vez en cuando, incluso yo puedo distorsionar la verdad, sólo un poquito–. Pero Zaras es simplemente el mejor hombre para el trabajo –respondí en tono amable.



Cuando expuse ante el faraón mi plan para desacreditar al rey Beón con el minos supremo de Creta y dividir a las dos potencias que eran presumiblemente los enemigos más peligrosos que teníamos en el mundo, él mostró su asombro ante la brillante sencillez de mi plan.

Había pedido una entrevista privada con el faraón y por supuesto me la concedió sin la menor objeción. Estábamos él y yo solos en la amplia terraza enmarcada por palmeras que rodeaba su salón del trono, que daba sobre el Nilo en su punto más ancho en el sur de Egipto. Por supuesto, más allá de Asyut el río se hace más ancho y la corriente más lenta al atravesar el territorio que los hicsos nos han quitado, y fluye hacia el delta antes de volcarse en el mar Intermedio.

Unos centinelas custodiaban ambos extremos de la terraza para asegurar que no fuéramos observados u oídos por ningún amigo o enemigo. Los guardianes estaban bajo el mando directo de oficiales de confianza que se mantenían discretamente fuera de la vista para que nada nos distrajera al faraón y a mí. Nos paseamos sobre el pavimento de mármol.